



Y

La contemplación vegetativa
(Glosa a un poema de Querol)

Recogido en "de esto
y de aquello"
tomo I

Hay entre las poesías de aquel delicadísimo poeta — uno de nuestros más preferidos entre los poetas españoles del pasado siglo XIX — y oscurísimo hombre que fue Vicente Wenceslao Querol, una dedicada a un árbol, que en nuestros momentos de desmayo civil se nos viene a las mientes:

El día en que yo vi la luz primera,
plantó mi padre en su risueño huerto
ese árbol que admiráis en primavera
de tiernas hojas y de flor cubierto.

Y ese árbol fué el agorero genito familiar
del pobre poeta, el que le hundió en la oscuridad
de su vida de ermitaño civil.

Yo entré en la sociedad, donde hoy batallo,
con la esperanza audaz de los mancebos,
cuando él ennoblecía el fuerte tallo
cada nueva estación con ramos nuevos.

No; el pobre Querol no batalló en la sociedad.

Yo abandoné, buscando horas felices,
mi pobre hogar por la mansión extraña,
y él, inmutable, ahondaba sus raíces
junto al arroyo que sus plantas baña.

Si, ahondaba el árbol sus raíces en la oscuridad,
en las tinieblas, y elevaba su copa al cielo;
pero ¿veía más por eso?

Hoy, rugosa la frente y seca el alma,
cuando hasta el eco de mi voz me asombra,
vengo a encontrar la apetecida calma
del tronco amigo a la propicia sombra.

¡Calma! ¿No más bien modorra?

Y evoco las memorias indecisas
de la edad juvenil, sueños perdidos,
mientras juegan sus ramas con las brisas
y al alegre rumor cantan los nidos.

El pobre poeta no puso nido en las umbrías
y áridas colinas que rodean a la corte,
donde se oscureció su vida.

Mi vida agosta ese dolor interno
con que los ojos y la frente enluto;
él abre en mayo su capullo tierno
y da en octubre el aromado fruto.

Lo que no sabemos es cuál era el fruto que
daba el árbol que el padre de Vicente Wenceslao Querol,
el día mismo en que éste naciera,
sembró en el risueño huerto valenciano
del hogar tan dulcemente cantado por el poeta del hogar paterno.

El árbol no se mueve, si no es que tiembla
y se estremece cuando le agita el viento; el
árbol crece sin moverse un punto del sitio
mismo en que lo plantaron; el árbol sube. ¿Pero
progresa?

Hay otra poesía, ésta de Uhland, en que nos
habla del olmo de Hirsan, de un olmo que
crece entre las ruinas de un antiguo convento,
y que, buscando la luz del cielo, se elevó,
y se elevó por encima de los muros del claustro.
El poeta alemán compara con el olmo de Hirsan
al espíritu de Lutero, que se alzó por sobre los
muros del claustro de Wittenberg. Pero Lutero no
se alzó por sobre los muros del claustro, sino que
se salió de él. La comparación se aplicaría mejor
a otros espíritus monásticos, esto es: vegetativos.

¿Qué habrá detrás de esa montaña que me
cierra la vista del remoto horizonte? Y el árbol
del valle puede crecer y crecer y seguir
creciendo hasta ver si de tal modo levanta su
copa por sobre el nivel de la cima de la montaña
que llegue a columbrar lo que hay detrás de ella.
Aunque a medida que crece disminuye la proporción
de lo que abarca con la mirada de su copa.

Crece, crecer, subir hacia el cielo, a ver
más cielos, ¡a ver otros cielos! Pero es más seguro
avanzar. Si quieres ver nuevas estrellas en el
cielo, más seguro que subir y subir es avanzar
y avanzar sobre la tierra. Por mucho que subamos
aquí no llegaremos a ver la Cruz del Sur. El
cielo no está sólo arriba, está alrededor nuestro,
está debajo de nosotros. Está también dentro
nuestro. Está, sobre todo, en nuestros ojos. No
es tanto subiendo cuanto avanzando como
llegaremos a descubrir el sitio por donde se nos
pone el sol o aquel por donde nos sale.

¿Para qué quieres crecer? ¡Avanza! No verás
mucho más cuanto antes más alto; verás mucho
más si recorres tierras, si avanzas. No es ahondando
en tus raíces en la tierra y elevando tu copa en
el cielo como descubrirás tu destino; es caminando
por la Historia.

Para el que se concentra en la contemplación
mística o filosófica sin lanzarse a las jornadas
del mundo, su destino acaba por mostrarse en el
punto mismo en que brotó, su sepultura es su cuna;
lo que quiere decir que su cuna no fué mas que su
sepultura. Muere sin historia; es decir, muere sin
haber vivido. Vegetó tan sólo. La pura contemplación
es algo vegetativo.

Nada nos da tanto la impresión de perfectos
monjes contemplativos como esas solemnes encinas
que en amplias comunidades interrumpen de vez en
cuando los páramos castellanos, o bien los pinares.
Un pinar es una especie de monasterio de contemplativos.

La contemplación solitaria tiene algo de un
placer vegetativo; es un goce muy parecido al

(d este)





de hacer la digestión. Y hasta produce, como este goce digestivo, una dulce modorra que nos sume en siesta.

¿Que esa contemplación solitaria, monástica y vegetativa da sus frutos? También los daba el árbol que plantó el padre de Vicente W. Querol; también lo dan las encinas y los pinos. Y las bellotas y los piñones no dejan de ser nutritivos y hasta gratos al paladar. Y Querol, por su parte, dió el dulcísimo, aunque muy escaso, fruto de sus poemas.

¿Pero no lo hubiera dado también y acaso más abundante y más jugoso y, sobre todo, más rico, de más alta poeta, si en vez de acurrucarse en la «mansión extraña», enjaulado, o mejor «entiestado» en un empleo burocrático, hubiera podido avanzar por la historia de su pueblo?

El, Querol, cantó a la patria con motivo de la guerra civil— así se titula el poema: «A la patria. Con motivo de la guerra civil»—; pero cuán de otro modo la habría cantado si hubiese tomado parte de patriota en aquella guerra civil!

Clamad: "¡Oh, patria, a quien lloramos muerta!
Patria, caída en afrentosas lachas;
patria, si nos escuchas,
álzate erguida en pie: ¡Patria, despierta!"

Lo malo es que la patria no suele despertarse a la voz de los poetas; más bien se duerme brezada al arrullo de esa voz. Para despertar a la patria hace falta otra voz que la del poeta. Lo que el poeta debe hacer es cantar ese despertamiento después de que la patria haya despertado. No ha de pararse el Sol porque un Espronceda le diga: «¡Para y óyeme, oh, Sol; yo te saludo!»; pero si un Josué, que es un guerrero y no un poeta—aunque, por otra parte, todo guerrero de Dios sea, sólo por serlo, poeta o creador—; si un caudillo del pueblo de Dios logra detener al Sol, el poeta debe cantar entonces al Sol parado y al caudillo que lo paró.

Y este mismo Querol dirigió una «Carta a Don Gaspar Núñez de Arce con motivo de su libro *Gritos del combate*», que así se llama el poema que es esa carta. Y le decía:

Marca su ruta al caminante incierto;
muestra el redil a las dispersas greyes;
sé como fué la nube del desierto;
sé como fué la estrella de los Reyes.

Pero ni la nube del desierto ni la estrella de los Reyes se redujeron a subir y subir y seguir subiendo en contemplación vegetativa, sino que la nube del desierto y la estrella de los Reyes avanzaron por el cielo y sobre la tierra. Ni nos parece que debe el poeta civil mostrar el redil a las dispersas greyes; ese es oficio de zagal a servicio del amo de la majada.

Querol, el dulcísimo poeta del hogar paterno, el que nos dejó aquel inmarchitable poema que es «La Nochebuena», y que dedicó a sus ancianos padre, él, que no pudo dedicar poema alguno a sus hijos, no encontró nunca acentos cuando quiso cantar a la patria. Aquel hijo y hermano modelo que no fué padre, aquel ermitaño de la burocracia, aquel monje de una oficina de Compañía ferroviaria, no supo avanzar por la Historia, que es la vida civil. Aquel tiernísimo poeta filial y fraternal no sintió la virilidad ni la paternidad. Sólo una vez, y por mero tropo, por figura retórica, en la hermosísima «Oración al pie de un Ecce-homo de mis antepasados», dijo:

A tus plantas vinieron mis abuelos
su cuita, oh Dios, para contarte amarga
mis padres a tus plantas, de sus duelos
dejaron la vil carga.

Yo, a quien pasa el dolor de parte a parte,
hoy pongo en Ti, Señor, los ojos fijos,
y a Ti vendrán también para adorarte
los hijos de mis hijos.

Pero es que el árbol de la Cruz del Cristo, a diferencia de los otros árboles, hace otra cosa que crecer y subir, y es que camina, camina por los senderos de la Tierra, por las vías del mundo, guiando a los pueblos en su marcha por la Historia, que es el progreso y la civilidad.

Miguel de UNAMUNO

